

mos, sus virtudes jamás serán dignamente alabadas, y aunque no tiene, como dice un escritor católico, la omnipotencia que manda, si tiene la omnipotencia que suplica. Todo el mundo espera en ella, y no habrá un solo cristiano, que en alguna de las vicisitudes de la vida no haya sentido los consuelos de su asistencia. San Bernardo, comparando á la Virgen María con la estrella de Jacob, dice: Que sus rayos iluminan el universo, brillan en las alturas y en las profundidades, en los cielos y en los abismos; que su resplandor fomenta las virtudes, desarraiga los vicios, y más que á los cuerpos el sol, calienta los corazones y las almas.

9. Abandonémonos, por tanto, al amabilísimo corazón de María, y llenos de respeto, digámosle: Corazón maternal, que tan vivamente has sentido nuestras miserias, que has padecido por nuestra salud, que nos has amado con tanta ternura, y que por estos motivos mereces el respeto, el amor, el reconocimiento y la confianza de todos los hombres, dignate recibir nuestros homenajes, escucha nuestros ruegos, acoge nuestras súplicas, convierte nuestros corazones. Cura nuestras enfermedades, Salud de los enfermos. Danos fuerza contra las tentaciones, Refugio de los pecadores. Alivia nuestras aflicciones, Consuelo de los cristianos. Condúcenos en el camino que corremos desde la cuna al sepulcro, Estrella de la mañana, y haz que el postrer sueño en que todas las cosas de este mundo desaparecen y se acaban, no sea para tus hijos sino despertar en la gloria donde comienza una vida eterna.—AMEN.

SERMON

SOBRE EL

CORAZON DE MARÍA SANTÍSIMA

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE PUEBLA EN 1880

POR EL SEÑOR DEAN

DON RAMON VARGAS LOPEZ

Candor est enim lucis aeternae, et speculum sine macula Dei majestatis, et imago bonitatis illius.

Porque es resplandor de la ley eterna, y espejo sin mancha de la majestad de Dios é imagen de su bondad.

Sabiduría, VII, 26.

Hoy que felizmente terminamos, señores, el mes de María, y os hallais reunidos en la casa del Señor para ofrecer á nuestra tierna y divina Madre humildes homenajes de esperanza y de amor, ¿qué espectáculo más grandioso, magnífico y sublime pudiera presentarse á vuestra consideracion, que esas reuniones de verdaderos hijos de María, que arrodillados reverentes delante de esa imagen bendita, no han cesado de invocarla llamándola Madre de las misericordias, toda pura y llena de gracia, como la vienen saludando por entre los siglos todas las ge-

neraciones? ¿Qué objeto más insinuante, tierno y encantador al mismo tiempo que esas asociaciones fervorosas y ardientes, que en un mismo día, en una misma hora tal vez, y como si estuvieran de acuerdo, dirigen llenas de confianza incesantes plegarias á la Madre de los pecadores, para solicitar de sus piedades una mirada de clemencia sobre este lugar de dolor, de destierro y de prueba, á fin de sostener la fe que fortifica el alma, la esperanza que alienta, y la caridad que da vida y ennoblece las virtudes cristianas? Ved, pues, cómo la Iglesia lo ha sabido proporcionar todo, y para curar las hondas heridas que el indiferentismo y los errores todos de la época abrieran en el corazón de la sociedad, ha sacado de sus inmensos tesoros, en medio de la decadencia lamentable de los pueblos, el mes de María como la medicina universal para curar toda dolencia, y como la prenda más segura de un porvenir fecundo en esperanzas para las naciones y los pueblos, ha sancionado la tierna y consoladora devoción al corazón Santísimo de María.

Por eso es, por lo que animados de una confianza sin límites os habeis consagrado en este hermoso mes á esa tan dulce como compasiva Madre, contemplándola, ora como la efusión más sincera de la claridad divina, como un tierno suspiro del corazón de Dios, y ora como el tabernáculo que él santificara para hacerla verdadera Madre suya; habeis considerado la gracia que la preserva de toda mancha: habeis contemplado las virtudes y riquezas mil reunidas en su corazón purísimo: habeis experimentado en este dichoso mes delicias indefinibles: habeis..... pero, hermanos míos, yo he venido esta tarde, deseoso de contemplar vuestro júbilo, de dar impulso, si es posible, á vuestras aspiraciones, de afinaros más en los propósitos que habeis formado de alabar, engrandecer y consagraros por siempre al corazón de María. ¡Oh! en presencia de ese abismo de misericordias que nos ofrece el corazón compasivo de María, abismo ante el cual los cielos se inclinan reverentes, tiembla el infierno, se arro-

dilla el orbe y enmudece la naturaleza, no sería yo, por cierto, quien me atreviera pero ni aun á pronunciar una sola palabra en elogio de ese corazón divino, si no supiera cuán gratos y cuán deliciosos son á los oídos de una Madre, los acentos de un hijo, siquiera no haga otra cosa que balbutir su tierno nombre. Animado, pues, con esta confianza y arrebatando en estos momentos las miradas de mi alma las riquezas casi infinitas que está atesorando el corazón santísimo de María, quiero presentároslo como el santuario de todas las gracias y virtudes santas, como el centro de un amor inmenso que constituye la esperanza de toda la humanidad. Este pensamiento formará el objeto de vuestra atención esta tarde.—AVE MARIA.

Cuarenta siglos, señores, habían pasado ya desde el pecado de Adán, y ni uno solo de los hombres se había exceptuado de aquella mancha hereditaria; todos nacían esclavos del demonio, todos marcados con el sello de la más espantosa reprobación, en ninguno podía el Creador fijar sus paternas miradas, porque todos eran objetos de su aversión y de su cólera. Los hombres más justos del antiguo mundo encontrábanse inficionados con la lepra original, y todos sentían circular por sus venas una sangre corrompida. Dios estaba enojado contra el hombre, y en su justo enojo no dejó de concebir el designio de destruir la obra que él formara; pero no lo llega á hacer así; porque aquel Dios de misericordia y de amor, que aun en medio de su cólera no se olvida nunca de su clemencia, tenía reservado allá en sus eternos é inefables secretos un corazón en quien renacería un día toda la hermosura, toda la belleza y toda la gracia de aquel primer diseño del Paraíso: un corazón en quien vería con eterna

complacencia su propia imagen, su retrato más acabado, vería un corazón inmaculado y santo; el corazón, en fin, de María, destinado á levantar aun más allá del rango de su primitiva grandeza á la raza degradada de Adán. Así estaba previsto en los misericordiosos designios del cielo; pactádose había en la eternidad una alianza maravillosa; el hombre debía ser rehabilitado un día; el Hijo del Eterno descendería de su alto sólio y quedaría así concentrada entre la justicia y la misericordia una paz eterna, cuyo fruto sería la Encarnación del Verbo divino en las entrañas puras de una virgen de Judá. Los siglos corren entretanto, y avanza la plenitud de los tiempos, el plazo se acerca y todo en la tierra anuncia la venida de la mujer prometida desde la cuna del mundo. Todo ha hablado de sus bellezas y gracias llenas de encantos; Isaías trazó á grandes rasgos su historia anticipada; las profecías se han cumplido, y la realidad ha venido á sustituir asombrosamente á los antiguos signos, y la estrella misteriosa ha asomado en el oriente y la aurora que anunciara al sol de justicia ha derramado ya sus primeros albos sobre el horizonte. María es concebida sin pecado original, y toda pura se ostenta á los ojos de su Creador como su más perfecta imagen. ¡Oh! nunca se había visto en el mundo un corazón tan enriquecido de gracias y virtudes; pero era, hermanos míos, el traslado del corazón de Dios, era la copia de sus infinitas perfecciones, era la imagen más viva de su santidad, era el retrato mejor concluido de su semejanza divina, era el corazón de su divina Madre: *Candor est enim lucis eterna.*

Tal era, hermanos míos, el corazón de María, porque tal era también la misión que le cupiera en el plan divino de la redención. En su casto seno se cumplió el gran sacramento, el misterio de piedad y de ternura divinas, que venían esperando los siglos y las generaciones todas; convenía pues, que la augusta Madre del Salvador del mundo estuviera adornada de gracias, dones y prerogativas casi infinitas. ¡Qué abismo de grandeza! Ni el ojo

vió, ni el cielo oyó, ni el corazón jamás sintió, ni el entendimiento del ángel y del hombre pueden comprender la abundancia de riquezas que el cielo atesoró en este santuario de la divinidad. Calle toda criatura, y anonádese hasta el polvo, y ni aun se atreva á levantar sus ojos delante de tan excelsa grandeza, diremos con San Pedro Damiano. ¿Cómo, pues, nosotros, hombres de tierra y lodo, nos atrevemos á pretender sondear esos abismos de caridad que el cielo mira con asombro, sin comprender jamás cuál era su longitud, latitud y su profundidad? Sí, hermanos míos, aunque hablara el idioma de los ángeles y de los santos, y aunque mi corazón y labios estuvieran encendidos y purificados con aquel fuego que abrasa el corazón del querubín, para elogiar y engrandecer ese corazón santísimo de María, no haría otra cosa que balbucir como tierno infante; porque para hablar dignamente de las magnificencias y riquezas del corazón de la Madre de Dios, sería preciso tener un corazón como el suyo, sentir como ella siente, amar como ama el corazón de María; pero basta, hermanos míos, no insistiré más en pretender ponderaros la grandeza del objeto de ese culto tan sublime y puro que durante este hermoso mes de Mayo, habeis tributado al corazón divino de vuestra Madre. El alma se complace al escuchar el lenguaje mudo pero elocuente del corazón, el idioma puro de la fe y del amor, que está ardiendo en vuestros pechos, y que durante esta estación amena os han llevado de luz en luz, de claridad en claridad y de magnificencia en magnificencia, elevando vuestras ideas hasta aquellas regiones encumbradas de los cielos en donde habeis hallado esa fuente misteriosa y divina de inagotable amor, en donde el pobre corazón del hombre va á pegar sus labios sedientos, á saciarse allí de amor y de virtud, y su inteligencia á abrevarse con aquellos torrentes de gracias y riquezas divinas que están manando del corazón santísimo de María, porque ese corazón que tiene pasmados al cielo y á la tierra, es todo nuestro, nos pertenece, es todo de la hu-